







Tiberio



# Tiberio

---

*Robert Turcan*

Traducción de Silvia Kot

A

Turcan, Robert

Tiberio / Robert Turcan. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2018.

304 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Silvia Kot.

ISBN 978-950-02-0978-6

1. Biografía. 2. Antigüedad Clásica. 3. Imperio Romano. I. Kot, Silvia, trad. II. Título. CDD 920.71

*Tiberio*

Título original: *Tibère*

Autor: Robert Turcan

© 2017, Société d'édition Les Belles Lettres

Traductora: Silvia Kot

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América Latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2018

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneco.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: septiembre de 2018

ISBN 978-950-02-0978-6

Impreso en Printing Books,  
Mario Bravo 835, Avellaneda,  
provincia de Buenos Aires,  
en septiembre de 2018.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

# Índice

Introducción .....	11
El hijo de un siglo perturbado .....	15
El aprendizaje de la vida civil y militar .....	27
Misiones y mandos .....	35
Un exiliado voluntario .....	55
El camino al poder .....	71
Una transición fundadora .....	93
Ensayo de principado “senatorial” .....	109
Sejano y Agripina .....	141
El monarca insular .....	165
“Los libertinos de Tiberio” .....	179
La historia y los “historiadores” .....	201
Tiberio y lo sagrado .....	219
Final de Sejano, de las ilusiones y de la vida .....	247
Epílogo .....	291





*A mis hijas, Isabelle y Anne-Marie*





# Introducción

*En aquel tiempo, el mundo vivía en el terror;  
Caifás era sumo sacerdote y Tiberio, emperador.*

VÍCTOR HUGO, *El fin de Satán*

Estos dos versos expresan muy bien la imagen que se tenía en Francia, durante el Segundo Imperio, del reinado de Tiberio, y esa perspectiva siniestra perdura en cierta forma entre los lugares comunes de la historia oficial instituida por Tácito, hace diecinueve siglos.

¿Por qué ocuparse entonces de un príncipe maldito, considerado como una especie de monstruo por lo menos en una parte de la tradición literaria, un emperador que todavía hoy divide a los historiadores, pero que entusiasmó a escritores tan distintos como Voltaire o Axel Munthe, autor de *La historia de San Michele*? Aún sentimos deseos de soñar en Capri, en las ruinas de la Villa Jovis, el palacio construido por Tiberio, o en la montaña sobre la que este no solo escudriñaba los astros del cielo, sino que también estaba atento a la señales de los mensajeros que le llevaban noticias de Roma.

Su personalidad es fascinante. Hay que aprender a conocer al hombre y, para ello, es necesario comprender, en primer lugar, al niño que habrá sido, al padre que lo instruyó y lo formó, la historia misma que vivió, las ambigüedades del principado de Augusto y también las incertidumbres del poder que Tiberio asumió después

de él, la sociedad romana que heredó y el Senado que la dominaba oficialmente, sin hablar del peso del ejército y de las nuevas fuerzas de la economía que surgían en ese momento.

Es conveniente sobre todo volver a las fuentes de la información, tomando en cuenta la cronología, releer los textos en su contexto, en su tiempo, y especialmente los que nos revelan los diversos aspectos de un hombre irreductible a los clichés habituales.

Por último, son importantes los datos de la iconografía, aunque se exponen a las tentaciones de la subjetividad. Porque los rasgos de un rostro transcriben en cierto modo los rasgos de un carácter, si no los de un alma. A pesar de las variaciones que le imprimen a la fisonomía la edad y las vicisitudes morales o físicas, hay algunas constantes en los diversos retratos que conservamos del sucesor de Augusto, que nos permiten identificarlo frente a las diversas opiniones divergentes de los especialistas.

Esas constantes, las de un hombre que permaneció fiel a sí mismo, tienen una gran importancia para el biógrafo. Sin embargo, en los rasgos que nos parecen acentuados en el mármol, podemos ver un indicio y también el impacto de las circunstancias vividas. De todos modos, una iconografía oficial (no tenemos otra en este caso) siempre nos ocultará algún fondo secreto del individuo, que guarda su misterio. En el retrato de un hombre público, se corre el riesgo de que la imagen que él quiso dar de sí mismo prevalezca sobre la realidad. Pero como por lo general, esa imagen pretende encarnar una política, también presenta un interés mayor.

Por lo tanto, este hombre considerado como “el más capaz de los emperadores romanos” (Theodor Mommsen), merece que se analicen minuciosamente su vida y su ambiente, los rasgos de su carácter y los problemas físicos y morales que debió enfrentar, entre ellos, y sobre todo, el poder soberano, después de Augusto, que había tenido el talento de ejercer ese poder casi sin demostrarlo.

Pero lo que más llama la atención es un contraste flagrante entre la literatura y los hechos, entre la imagen que nos presenta la historiografía en cierto modo “patentada” y las realidades de la historia, que certifican las investigaciones contemporáneas, ajenas a toda polémica. ¿Por qué nos ofrecen quienes conocieron el reinado de Tiberio, o incluso quienes vivieron medio siglo después, un retrato tan diferente del que nos ha legado la tradición predominante? ¿Por qué hasta los autores hostiles, como Tácito o Suetonio, nos dan también razones para pensar lo contrario de lo que ellos mismos afirman?

En realidad, nunca se terminó de descifrar la prosa, a menudo alambicada, de quienes se dicen historiadores, e incluso grandes historiadores: tienen un estilo, una forma a veces sutilmente deformante que puede inducirnos al error. La crítica literaria coincide, en efecto, con la crítica histórica. Tiberio era oscuro, pero quienes lo denigraron también lo eran, en especial cuando interpretaban en vez de demostrar. Es el caso de Tácito, que le imprimió al nombre de Tiberio una marca indeleble de infamia. “Es más un juicio que una deducción de la historia”, señaló Montaigne en sus *Ensayos*. Esta propensión desconcertaba a Charles de Saint-Évremond: “A veces, las especulaciones demasiado finas nos ocultan los verdaderos objetos para poner en su lugar bellas ideas”.

¿No es esta acaso una tendencia entre algunos periodistas de talento? Lo fue, a mi juicio, al menos en parte, para el historiador de Tiberio en los *Anales*. Pero la perplejidad que provoca en el lector hace que este se interrogue y se vuelva a interrogar, y, por lo tanto, continúe o retome la investigación.

Le agradezco profundamente a Caroline Noirot por haber querido publicar este libro.



## El hijo de un siglo perturbado

Tiberio nació en Roma, el 16 de noviembre del año 42 a. C., en una casa de la IV Región (que se convertiría en la X Región Augusta) que su padre, Tiberio Claudio Nerón, habitaba en el Palatino.

En ese barrio bastante aristocrático, Cicerón había adquirido en 62 a. C. la casa de Craso: una *domus magnifica*. Marco Antonio había vivido allí, así como los oradores Hortensio y Licinio Calvo. El famosísimo Catilina se había alojado en la parte meridional del Palatino, más allá del Circo Máximo, donde se erigiría el Palacio Imperial de Roma, la *Domus Augustana*. Por su lujo, la casa del prócnsul Quinto Lutacio Cátulo superaba, al parecer, a la de Craso: el vencedor de los cimbros la había adornado con cadáveres enemigos. El cónsul Marco Emilio Escauro había comprado la *praeclara domus* de Cneo Octavio (que lo había ayudado a conseguir su puesto), pero para demolerla y agrandar la suya, transformándola en un palacio rico en mármoles exóticos. Finalmente adquirió la propiedad el tribuno Clodio, enemigo de Cicerón, que sería asesinado años más tarde en la Via Appia por los esbirros del pretor Annio Milón, que también residía en el Palatino.

En ese sector de la *Urbs*, dominado por el dinero, la política y los negocios, estaba fuertemente implantada la *nobilitas*, y en 42 a. C.,

muchos *optimates* (“hombres excelentes”) fieles a las instituciones (y más bien hostiles al triunvirato de Octaviano, Marco Antonio y Lépido) vivían allí. Este ambiente habrá marcado seguramente el espíritu del niño que reinaría años más tarde. Por otra parte, el palacio imperial y sus dependencias anexaron pronto ese territorio que tenía el prestigio de los orígenes y de la leyenda de Rómulo y Remo.

Cuando estaba encinta, la esposa de Tiberio Claudio Nerón, Livia, recurrió a diversos presagios para saber si tendría un varón. Según Suetonio, le quitó un huevo a una gallina que estaba empollando y lo incubó personalmente o por medio de varias criadas, hasta que salió un pollito dotado de una magnífica cresta: eso anunciaba un destino solar, y por lo tanto, real, para el niño por nacer.

Tiberio nació en plena guerra civil, alrededor de tres semanas después de la segunda batalla de Filipos (22 de octubre del año 42 a. C.). Su abuelo materno, Livio Druso, se había suicidado en su tienda, tras la derrota de Bruto. La primera infancia de Tiberio sufrió las inevitables consecuencias de los acontecimientos.

En un primer momento, Tiberio Claudio Nerón, a quien el historiador romano Velejo definió como “un hombre de gran corazón y espíritu muy cultivado”, había pensado casarse con Tulia, la hija de Cicerón. El orador hizo el elogio de Tiberio Nerón en una carta de abril de 50 a. C. a Publio Silio, entonces propretor en Ponto y Bitinia: “De toda la nobleza, no estimo a nadie salvo a él”. Pero Tulia se había comprometido con Cornelio Dolabela antes de la llegada de una carta de su padre que respondía a la propuesta de Tiberio Nerón. Aunque una alianza con un miembro de la *gens*



*Claudia* halagaba la vanidad de Cicerón, la boda de su hija con Dolabela le garantizaba el favor de César... De todos modos, este malentendido no estropeó su relación con Tiberio Nerón.

Por otra parte, el padre de Tiberio se convirtió en un fiel colaborador de César. Comandó su flota como procuestor en la guerra de Alejandría y, según Suetonio, allí “contribuyó grandemente a la victoria”, al dispersar a las escuadras egipcias que trataban de bloquear el aprovisionamiento.

Tiberio Nerón se convirtió en pontífice y César le encargó la organización de las colonias de Narbona y de Arles en la Galia Narbonense: una misión delicada que revelaba la confianza y la singular estima de César, porque se trataba de satisfacer a los veteranos o retirados legionarios, sin incomodar demasiado a los nativos expropiados.

Tiberio Claudio Nerón era probablemente uno de los *optimates* que deseaban que César restaurara la *res publica*, en el sentido romano del término, es decir, en cuanto Estado. En este sentido, su diagnóstico era parecido al de Cicerón. Los poderes excepcionales de César debían servir para esa reforma de un régimen seriamente degradado desde hacía medio siglo.

Tradicionalmente, la dictadura estaba limitada en el tiempo y tenía un fin preciso. Pero la de César sobrepasó todas las reglas institucionales. Era perpetua. Cicerón subrayó su irregularidad y más tarde aprobó la abolición de esa magistratura. Por supuesto, esa distorsión monárquica molestaba a quienes contaban con César para instituir la República, como Cicerón o Tiberio Nerón. Hasta se les podría atribuir a estos una “complicidad moral” en el asesinato del dictador.

El futuro padre de Tiberio, sin haber conspirado con Bruto y Casio contra César en los Idus de Marzo, parecía haber aprobado el resultado. En efecto, cuando todos los senadores votaron la impunidad del asesinato, él dijo que se debía hacer un informe “sobre las recompensas debidas a los tiranicidas” (Suetonio). No se sabe exactamente cuál fue su actitud durante los agitados meses que siguieron. Pero como, en el fondo, compartía las opiniones de Cicerón, puede conjeturarse que intercambié varias cartas con el orador. Sin embargo, no subsistió ninguna de ellas, y en las cartas de Cicerón que se conservan no hay ninguna alusión que lo involucre. Si el especialista en Roma Antigua Jérôme Carcopino tiene razón, las habrían eliminado de la edición publicada durante el triunvirato de Octavio (por lo tanto, antes del año 30 a. C.), para no incomodar a su hijastro Tiberio, casado con Vipsania, nieta de Ático, el editor de una *Correspondencia* expurgada en beneficio de Octavio.

En la ilustre familia de los *Claudii*, seguramente le habían inculcado a Tiberio Nerón los grandes principios de *mores maiorum*, las “costumbres de los antepasados”, que regían desde hacía casi cinco siglos el funcionamiento de la *res publica*. Si en el año que siguió a la muerte de César, el nombre de Tiberio Nerón no aparece, es probablemente porque este mantuvo cierta prudencia, que le permitió escapar a las proscripciones del Segundo Triunvirato (27 de noviembre de 43 a. C.), que causaron la muerte de Cicerón. Pero como pretor en 42 a. C., y luego propretor, se encontraba entre los *aristoi*, los “mejores”, que defendían los valores legales tradicionales. Para ellos, el Triunvirato era ilegal, del mismo modo que la dictadura vitalicia de César.

Tiberio Nerón adhirió al partido de Lucio Antonio (el hermano de Marco Antonio), que le desagradaba al Triunvirato. El reparto de las tierras en beneficio de los veteranos de Octaviano, que habían combatido en Filipos, perjudicaba a los campesinos italianos, a los que Lucio Antonio les había prometido su apoyo. Los que aún no habían sido expoliados, temían serlo, y por lo tanto, toda Italia estaba sublevada.

El hermano de Marco Antonio logró reunir un gran ejército. Tiberio Nerón, que conocía por experiencia las dificultades que provocaba la fundación de una colonia, que había implicado expropiaciones a los nativos en Galia, se daba cuenta de que, con más razón en la propia Italia, la satisfacción de los veteranos no haría más que exasperar a las poblaciones. En consecuencia, siguió a Lucio Antonio hasta Perugia, sitiada por Octaviano. Lucio Antonio capituló finalmente, y Tiberio Nerón se fue a Preneste, convertida por Fulvia, esposa de Marco Antonio, en una base de resistencia. Pero la ciudad cayó y Tiberio Nerón se dirigió a Campania, donde intentó defender a los que habían perdido sus tierras. Allí se puso al frente de una guarnición e intentó en vano sublevar a los esclavos prometiéndoles la libertad. Tenía el apoyo de Cayo Veleyo, a quien lo unía una “amistad excepcional”, pero este se suicidó, porque su edad y su estado físico le impedían acompañar a Tiberio Nerón. La familia de Veleyo, oriunda de Campania, poseía tierras allí, y se puede suponer que el padre de Tiberio esperaba poder reclutar partidarios en ese lugar.

Pero en febrero de 40 a. C., al comprobar que Octaviano vencería finalmente en Italia, Tiberio Nerón se embarcó en Nápoles hacia Sicilia con su esposa Livia y su pequeño hijo. El viaje no fue sencillo.

“Livia huyó entonces de las armas y las tropas de César, que pronto sería su marido, llevando en brazos a nuestro Tiberio César, que tenía dos años... Por caminos secundarios, para evitar la espada de los soldados, acompañada por un solo hombre para ocultar más fácilmente su huida, llegó al mar” (Veleyo Patérculo).

Tiberio Nerón contaba con la ayuda de Sexto Pompeyo, el hijo del “Gran” Pompeyo, que se había hecho pirata para resistir a los triunviros. Pero, decepcionado por Sexto Pompeyo, que le negó el puesto de propretor, Tiberio Nerón partió hacia Acaya, para reunirse con Marco Antonio.

Por todo esto, Tiberio vivió “una infancia dolorosa y atormentada” (Suetonio). Ante la inminente llegada de los soldados de Octavio, Tiberio Nerón trató de embarcarse clandestinamente en el puerto de Nápoles, cuando los gritos del niño bruscamente arrancado del pecho de su nodriza, y luego de los brazos de su madre, estuvieron a punto de delatar dos veces la presencia de sus padres. Luego lo llevaron de ciudad en ciudad, a través de Sicilia, y en Grecia, lo dejaron al cuidado de los lacedemonios, que eran los “clientes” de la *gens Claudia* y por lo tanto tenían con esta vínculos de hospitalidad recíproca. Más tarde, en agradecimiento por su acogida, Augusto honraría a Esparta anexándole Citera y otorgándole privilegios a la ciudad. Cuando se despidieron de los lacedemonios, tuvieron que viajar de noche. En el bosque que atravesaban los fugitivos estalló un incendio: las llamas tocaron una parte de la ropa de Livia e incluso su cabello, y el propio Tiberio corrió el riesgo

de morir. Los vagabundeos y las tribulaciones en plena guerra civil pudieron haber traumatizado prematuramente a ese niño que aún no había cumplido dos años...

En octubre de 40 a. C., el pacto de Bríndisi entre Octaviano y Marco Antonio le permitió finalmente a Tiberio Nerón volver a Roma y reconciliarse con el heredero de César. Sin embargo, Octaviano le “robó” a Livia, que estaba embarazada de su segundo hijo, Druso. Cuando nació el niño, se lo dejaron a su padre. Por lo tanto, Tiberio Nerón obtuvo la guarda y la tutela de sus dos hijos, y se ocupó de su educación.

Al casarse con Livia, Tiberio Nerón era un hombre maduro, mucho mayor que ella, un gran amigo de su padre Livio Druso, que le aseguró protección y respetabilidad. Ella supo asumir sus deberes de esposa. Pero el joven y seductor Octaviano se ajustaba mejor a los sentimientos del amor y ese matrimonio “por raptó” fue el resultado de una fuerte pasión compartida. En su lecho de muerte, Augusto le diría a Livia: “Acuérdate de nuestra unión”.

En esa época, los divorcios eran bastante frecuentes en Roma, y no parece que los dos hijos de Livia criados por su padre se hubieran sentido demasiado afectados.

Según la tradición romana, el paterfamilias se encargaba de instruir a sus hijos. Tiberio Nerón lo hizo. Podemos imaginar que, siguiendo el ejemplo de Catón el Viejo, les habrá enseñado ante todo a leer, formándolos moralmente, como el ilustre censor “le inculcaba a su hijo la virtud”. Pero el paterfamilias les enseñó en primer lugar a administrar su patrimonio. Para empezar, un romano debía saber

defender sus intereses mediante la práctica de la agrimensura y el cálculo. El tratado de Catón *Sobre la agricultura* es edificante en ese punto.

Pero nada se hacía sin los dioses. El padre de familia era un sacerdote. Encendía y mantenía el fuego sagrado del altar que constituía el fuego doméstico, con el que se honraba todos los días a los penates, los lares y los antepasados, además de alguna deidad tutelar. Tiberio Nerón les inculcó sin duda a sus hijos la estricta observancia de los ritos del culto familiar, aunque en el siglo I antes de nuestra era, la filosofía griega y los conflictos civiles habían puesto en tela de juicio las creencias ancestrales e incluso el “sentimiento” religioso. Pero, para un romano, la *religio* era ajena a las creencias, a la “fe”, en el sentido que le darían los cristianos. Era el “culto a los dioses”: la práctica regular de un ritual impuesto por la tradición.

Tiberio Nerón era pontífice, y por lo tanto, estaba instruido de las reglas que se debían respetar para no comprometer la “paz de los dioses”, tanto en la ciudad como en el espacio doméstico. Cicerón, un amigo que compartía con él un sentido fiel y riguroso del *mos maiorum*, lo había definido perfectamente: los pontífices presidían el culto a los dioses al mismo tiempo que los intereses superiores del Estado. La exégesis de la *religio* y de las señales que el cielo le enviaba a la ciudad romana debía combinarse con una buena gestión de los asuntos públicos: asumir la carga de los ritos era tratar de comprender la voluntad de los dioses. Veremos que Tiberio siempre permaneció atento a ello, aunque Suetonio haya dicho lo contrario: a mi juicio, las lecciones de su padre le permitieron ser, ya como emperador, un “gran pontífice” (*pontifex*

*maximus*) con conocimiento de causa y en el sentido cabal del término. Correlativamente, el sentido del Estado que tenía Tiberio Nerón, con toda la firmeza que caracterizaba desde hacía siglos a la *gens Claudia*, debe de haber marcado a su alumno Tiberio, como puede verificarse en su práctica misma del poder imperial.

Después de la infancia, Tiberio tuvo maestros griegos, especialmente el orador Teodoro de Gadara y el filósofo Néstor de Tarso. Veleyo Patérculo nos dice con cierto énfasis que fue “nutrido por las lecciones de maestros divinos”, *caelestium praeceptorum*. Pero la formación paterna siguió siendo fundamental. Cicerón le hizo decir a Escipión Emiliano que Tiberio había recibido gracias a su padre una educación liberal y que “los preceptos familiares lo habían instruido mejor que los libros”. Más tarde, Séneca insistió: “Se ha dotado a los padres de ciertas prerrogativas... Hemos sacralizado la condición paterna porque era importante educar niños... La juventud tiene interés en ser gobernada: por eso la hemos sometido, por decirlo así, a magistrados domésticos”.

Además del arte de hablar en público, la formación que el joven Tiberio había adquirido en la escuela de su padre explica, en mi opinión, que a la edad de nueve años, cuando este murió, pudiera pronunciar su elogio fúnebre desde la tribuna de las arenas, frente al Foro. Fue en 33 a. C. A partir de entonces, Octaviano tuvo la tutela de Tiberio y de Druso.

Desde ese momento, Tiberio perteneció plenamente a la familia del hombre que pronto sería el amo del mundo mediterráneo. En efecto, dos años más tarde, en septiembre de 31 a. C., Antonio era vencido en Accio y dos años después, en agosto de 29, Octaviano



FIGURA 1. Turquesa de Marlborough, Boston, Museum of Fines Arts (en L. Polacco, *Il volto di Tiberio*, pl. VIII, 2).

celebraba su triple triunfo. El carro del vencedor fue acompañado por Tiberio (tenía menos de trece años) a la izquierda y Marcelo (el hijo de Octavio) a la derecha. El hijo mayor de Livia presidió luego los Juegos Accianos, instituidos el 2 de septiembre para conmemorar la batalla de Accio y participó en los Juegos Troyanos como jefe de escuadrón de los *pueri maiores*. Se trataba de una competencia hípica de dos categorías de edad, que se



relacionaba con los orígenes troyanos de Roma y de los *Iulii*, y por lo tanto, con la ascendencia de Augusto. Se reclutaba a los jinetes en la aristocracia. El hijo mayor de Livia tenía un lugar especial en el protocolo oficial.

Por lo demás, cuando Tiberio era niño, el astrólogo Escribonio le había vaticinado un futuro brillante, afirmando que reinaría un día “sin las insignias de la realeza”, ya que el Imperio romano era una monarquía “oculta”.

